

REMINISCENCIAS DE SANCHO IZQUIERDO

por

TOMAS BUESA OLIVER

I

Glosas a un homenaje

El Ateneo de Zaragoza, preocupado desde su fundación por cualquier aspecto cultural, el día 20 de marzo de 1986 rindió el merecido reconocimiento a la obra de don Miguel Sancho Izquierdo, rector honorario de nuestra Universidad, calandino de pro y patriarca aragonés por su longevidad, que pronto celebrará su noventa y seis cumpleaños. Esta vez —Dios sea loado— Aragón no ha deshecho a uno de sus hijos más preclaros, sino que, muy al contrario, ha reconocido pública y noblemente que un hombre ha sido profeta en su propia tierra.

Los numerosísimos asistentes al acto de homenaje en el Centro Mercantil «soportamos» con gran complacencia su larga duración. Ello se debió al ambiente cordial y respetuoso de los muchos amigos que llenaban el amplio salón, y a la amenidad que dieron a sus respectivas intervenciones los cinco oferentes: Fernando Solsona, José Luis Lacruz, Jesús López Medel, José Vicente Lasierra y Angel Canellas.

Ahí se destacó algo que todos sabían: don Miguel ha sido siempre mucho don Miguel. En «Crónica del alba», Ramón J. Sender hace un recuento de varios de los Ramones sobresalientes de su época. Otro tanto podría hacer don Miguel, uniendo su nombre a los de Miguel de Unamuno, Miguel Primo de Rivera o Miguel Hernández. Les ganaría a todos los Migueles en bondad y por su incapacidad de herir a nadie. Cuando lo felicité por la aparición de su libro autobiográfico «Zaragoza en mis memorias. 1899-1929», publicado en 1979 por la Institución «Fernando el Católico», me permití indicarle que para mí lo más fascinante era su gran habilidad y maestría en sortear temas muy espinosos en años conflictivos, hasta el punto de que ningún lector podría molestarse. No hay que olvidar que Sancho Izquierdo, durante su larga vida, ha intervenido activamente desde puestos de gran responsabi-

lidad, tanto en el ámbito académico como en la vida política local, regional y nacional, sin que nunca su conducta se plegara a presiones que cuarteasen en lo fundamental sus sólidos principios éticos —políticos y religiosos—, motivo por el que siempre haya sido respetado por todos, incluso por aquellos que no compartían su ideología.

Ya en 1968, el catedrático aragonés José María Castro Calvo, docente en Barcelona, destacaba en el libro «Mi gente y mi tiempo» la proverbial indulgencia generosa, el estilo vital y el sentido del humor de Sancho Izquierdo: «De su inagotable bondad, de su amor a la Universidad, de su afición a las letras, de la experiencia de su vida, lo mismo cuando era diputado de la CEDA que cuando estuvo al servicio de Prensa y Propaganda, en la guerra, y más tarde al ocupar la silla rectoral, habría mucho que decir para retratarle. Sancho Izquierdo es una de las personas de más agudeza y perspicacia que ha tenido Zaragoza. Cuando cesaba de Rector, y le entregaba el mando a Cabrera, que le sucedía, en su discurso recordó la siguiente cántica aragonesa:

«Labradorcito afamado,
traza el surco bien derecho,
que las mozas en domingo
se fijan en tu barbecho».

El doctor Fernando Solsona, presidente del Ateneo, señaló al cerrar el acto de homenaje que otras muchas facetas del agasajado quedaban sin analizar. Como afectuosa demostración de mi antiguo aprecio hacia nuestro rector honorario, desempolvare del baúl de mis recuerdos algunas anécdotas, entreveradas con otras evocaciones, que pueden matizar la inabarcable idiosincrasia de don Miguel.

Sancho Izquierdo en los Cursos de Jaca

Juan Lacasa Lacasa registra puntualmente en «Jaca. Medio siglo de cursos de verano. 1927-1980», obra editada por la Universidad de Zaragoza, que el fundador don Domingo Miral tuvo desde los primeros momentos la leal y eficaz colaboración de Sancho Izquierdo, quien estuvo presente en numerosos actos de apertura o de clausura de los cursos estivales, como también en el Día del Recuerdo a Miral, que ininterrumpidamente desde 1942 se celebra en la festividad agostea de Santo Domingo de Guzmán. Aparte queda su activa participación como profesor y conferenciante. «Don Miguel Sancho Izquierdo —comenta Juan Lacasa— es el gran veterano y el campeón de los maestros de Zaragoza mezclados a los Cursos, por su larguísima presencia, prácticamente en todas las etapas, como orador, Rector efectivo y Honorario, y con asentamiento real en Jaca desde 1927. Atendió como Rector los veranos de 1942 a 1954, trece cursos, pues. Don Miguel estuvo en la primera piedra y cincuenta años exactamente después, en la apertura de julio de 1977, hablaba lozanamente de sus recuerdos del medio siglo ido. Su gestión de Rector afrontó el tránsito de la guerra

mundial en los años 1942 a 1945, y siguió hasta 1954 inclusive. Hitos destacados de su gestión fueron las adquisiciones en 1946 y poco después de terrenos frente a la Residencia y un chalet ya en la línea del paseo de Franco, asegurando al patrimonio universitario de Jaca amplia expansión por ese lado hacia una de las mejores zonas urbanas de la Ciudad».

Aparece en varias de las fotografías que ilustran el libro de Juan Lacasa, impresionadas por Francisco de las Heras. Algunas son ya históricas, como la fechada en 1927 en el mirador de San Juan de la Peña, junto a la mesa de orientación que había instalado el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, mesa de mármol semicircular que, hace poco, ha sido vandálicamente destrozada por unos estudiantes zaragozanos. Otra corresponde a 1928: se deja ver con Miral, Camón Aznar, Carlos Riba, Luis Boya, Jesús Pabón y Angel Monreal entre otros, encima de los apenas sobresalientes cimientos de la futura Residencia.

La dilatada actividad jacetana, centrada sobre todo en su especialidad jusnaturalista y en el Derecho foral aragonés, tocó también otros temas que hoy están de actualidad, como el feminismo (año de 1927), los derechos del niño (1928), paz social (1947), Derecho agrario (1951) o los Derechos humanos (1954).

Vinculado a la vida jaquesa —en Jaca nació uno de sus hijos—, es iniciador con algunos jacetanos y zaragozanos de la sociedad Inmobiliaria Pirenaica, adelantada del auge urbanístico y copromotora del Gran Hotel. Don Miguel fue además uno de los primeros veraneantes que adquirió piso en propiedad.

El quiosco Cuatro Vientos

Uno de los alicientes del paseo de Franco era el quiosco Cuatro Vientos, ya desaparecido, cuyo primer emplazamiento estuvo en el lateral izquierdo, próximo a la escalinata de acceso. Pequeño, de madera y modesto, fue reemplazado un poco más arriba, en los años 30, por otro mayor, de cemento, muy próximo al actual puesto de helados «Manolita». Los abundantes veladores, con mesa redonda de mármol, acogían en los apacibles veranos jaqueses a muchos nativos y forasteros. Allí tomaban café y charlaban sobre todo lo humano y lo divino, en animadas sobremesas, profesores y estudiantes de los Cursos, y hasta jugaban al dominó, llegándose a formar reñidas y largas competiciones, bajo las comprensivas miradas del barman Agustín Catalinete y del camarero Merino. Había trofeos para los ganadores y es posible que don Miguel, uno de los más entusiastas y expertos «doministas», lograra alcanzar alguno de esos codiciados galardones.

Las vistas desde Cuatro Vientos eran magníficas: podía contemplarse a un lado la peña Oroel, y al otro la Ciudadela, el fuerte de

Rapitán y el perfil de la peña Collarada con sus nieves perpetuas. Al construirse el bloque del Instituto de Previsión (hoy de la Seguridad Social) y después el Gran Hotel, desaparecieron las panorámicas del horizonte. La edificación de este hotel, inaugurado en 1958, modificó parcialmente el entorno del principio del paseo, y la víctima inocente que quedó para siempre inmolada fue el quiosco Cuatro Vientos, nombre tan arraigado en los participantes de los Cursos que un grupo de estudiantes ingleses de Cambridge, al regresar a su Universidad, fundaron el «Club Cuatro Vientos» como símbolo del espíritu de Jaca. Entre esos alumnos se hallaban Shergold y Monypenny, hoy hispanistas de renombre.

Don Miguel en el «Romancero de Cuatro Vientos»

Circularon en el verano de 1947 unas copias mecanográficas del «Romancero de Cuatro Vientos». Además podía leerse en la portada «Chufas, chufillas y coplas. Primera entrega puesta a buen recaudo. Editadas por John Woodstock, de la Universidad de Yale, según el manuscrito 32-Y del Archivo de la Catedral de Jaca». Huelga aclarar que tales datos eran totalmente apócrifos.

He aquí la primera composición, de remedos lorquianos, cuyo primer verso da nombre al romancero:

Cuatro Vientos, Cuatro Vientos, no dirás que no te aviso, que ya de la Residencia los huéspedes han salido. Cuatro chistes han contado y aquí pasarán de cinco. Presumen de profesores y todos son chicos listos, aunque más de uno las canas ha tiempo que se ha teñido. Son casi todos de Letras, pero también los hay Físicos, que explicarán el radar	y os dejarán hecho cisco. Házme caso, guárdate, dales sólo malvavisco, emponzoña bien la leche y águales también el vino. No les sirvas manzanilla a profesores y amigos, becarios y no becarios, extranjeros y «propincos». Suéltales el Euro y Noto ¹ y los demás vientos fríos. Ve a quejarte pronto a Eolo ² : ¡no digas que no te aviso!
---	---

Siguen unas semblanzas irónicas de los profesores, en su mayoría romances, aunque no falta algún romancillo y soneto. Juan Lacasa, el historiador de los Cursos, habla «de la gracia poética de varios de los propios residentes de los Cursos, que supieron ver a sus compañeros en amables caricaturas y que creemos son una fina muestra del espíritu de amistad y afecto que ha engendrado la convivencia de los universitarios en el ambiente jaqués».

1 En la mitología griega, Euro era uno de los once vientos principales; Noto, viento del Sur.

2 Eolo, dios y rey de los vientos.

Los rasgos fisonómicos de don Miguel han sido siempre muy acusados. De él decía, en 1949, Ramón de La Cadena, marqués de La Cadena, que «sus ideas son tan abundantes como sus cabellos, aunque desde luego más ordenadas» («Vidas aragonesas». Edición de Luis Horno Liria. Institución «Fernando el Católico», 1972). En «Mi gente y mi tiempo», José María Castro Calvo señalaba: «De su persona física, del color de su tez, de la pelambreira alborotada, de sus cejas, de su aire un poco moro, Fernández Flórez hizo en pocas palabras su retrato, en el comentario irónico de las Cortes» y Castro añadía más adelante que «contrastaba Sancho Izquierdo, en su aspecto descuidado y pobre, con la riqueza de su alma».

El retrato de don Miguel es el segundo poema del «Romancero de Cuatro Vientos». Los versos tienen reminiscencias quevedescas y lorquianas:

Barba que te quiero barba,
barbas-cejas, barbas-barbas:
las cejas sobre tus ojos
tienen vocación de barbas.
Cuando te afeitan, Rector,
¡cómo llora la navaja!
suspira con tanta pena
que hasta las piedras se ablandan.
Los ojos negros —¡qué negros!—
detienen las alboradas.
La Aurora protesta en vano

y la Noche se acobarda.
La juventud reverdece
en tus gestos y palabras.
Juegas al tenis con brío,
con acierto y elegancia;
llegarás a campeón
para gloria de Calanda.
Abandonas los zapatos
y presumes de alpargatas
como el más juncal mocito
de las riberas de España.

Aparecen retratados también en el Romancero los profesores que en 1947 estaban vinculados a los Cursos: Vicente Gómez Aranda (director), Antonio Muñoz Casayús (secretario), Francisco Ynduráin Hernández, Carlos Corona Baratech, José Manuel Blecua, Manuel Alvar, Fernando Lázaro Carreter, Tomás Buesa, Jesús Manuel Alda Tesán, Federico Torralba, Serafin Agud, Manuel Mindán, Antonio Mingarro y Joseph Berthélemy³. Están asimismo las semblanzas de otros profesores, hoy ya fallecidos: José Camón Aznar, Francisco Abbad-Jaime, Ricardo del Arco, Rafael Gastón Burillo, Eduardo Lon Romeo, Angel Monreal Pagola, Carlos Albiñana Goussard, Julio Calvo Alfaro, Manuel García Blanco y Aurelio Viñas. Ni el administrador de los Cursos, Arturo Navarro, se libró del correspondiente poema burlón.

Diversos «vates» fueron los responsables de la autoría de los versos. Hay que destacar la colaboración de Blecua, Alvar y Lázaro Carreter. Los tres son hoy académicos de la Real Academia Española y doctores «honoris causa» por la Universidad de Zaragoza, aparte de otras numerosas distinciones y premios, mercedamente otorgados por

³ Desde que entregué el original de este artículo, han fallecido los catedráticos jubilados Antonio Mingarro (en Madrid, el 30-6-1986), Joseph Berthélemy (en Ryom, el 13-10-1986), y mi paisano y fraternal amigo Carlos Corona (en Zaragoza, el 13-1-1987).

organismos nacionales y extranjeros. Que los tres sepan perdonarme si ahora desvelo su participación en el Romancero jaqués, tan lleno de versos ripiosos. No está de más añadir que Alvar, uno de nuestros mejores filólogos, es poeta de gran sensibilidad humana y lírica que ha publicado varios libros de poemas en ambas orillas del Atlántico, lirismo que emerge también en sus abundantes artículos periodísticos.

Veintitantos años después, corre en 1975 una segunda entrega del Romancero, también mecanografiada, que demuestra cómo el espíritu amistoso del profesorado de la Universidad de Verano, que había marcado el fundador Domingo Miral, continuaba vivo. Los poemas, risueñamente irónicos, repetían las semblanzas de Serafin Agud (director de los Cursos desde 1969) y José Manuel Blecua Teijeiro. Eran nuevas las de José María Lacarra (director de 1955 a 1968), Félix Monge, María Antonia Martín Zorraquino, Juan Antonio Frago Gracia, Ildefonso Manuel Gil, Gaudioso Giménez Resano, José María Enguita, Rosendo Tello, Juan José Carreras Ares, José Manuel Blecua Perdices, Federico Sopeña, Rafael Lapesa, Emilio Alarcos Llorach, Miguel Álvarez Builla (fallecido pocos años más tarde) y Gerald B. G. Monypenny. No hubiera sido posible esta segunda entrega sin la colaboración de Blecua, padre, Ildefonso Manuel Gil y Rosendo Tello, poetas los dos últimos sobradamente conocidos. Los tres mostraron con sus versos circunstanciales, escritos como divertimento, el buen sentido de su humor. Ambas entregas continúan inéditas.

II

Aficiones literarias

Uno de los violines de Ingres —y no exclusivo— del polifacético don Miguel, sorprendente por su variopinta y acusada personalidad, ha sido la literatura, en especial la de autores aragoneses o sobre temas de nuestra región. Promotor de recitales poéticos, él mismo ha compuesto versos y hasta llegó a escribir una novela policiaca, que le publicó la revista zaragozana «Letras» durante la guerra civil, titulada —si no recuerdo mal— «Un muerto en el ascensor».

Juan Lacasa nos da noticia de algunas de estas actividades en los Cursos de Jaca: aquí, en 1946, disertó junto a Rafael Gastón Burillo y Luis Horno Liria sobre literatura aragonesa; en este mismo año, y en el Teatro Unión Jaquesa, hubo un recital poético con lectura de composiciones personales de Juan Lacasa, Pedro Galán Bergua, José Camón Aznar y del propio don Miguel, quien en 1955 habló, en dicho coliseo, sobre cantares aragoneses.

García Lorca en Jaca

Ignoro si llegó a conocer personalmente a Federico García Lorca, de cuyo absurdo fusilamiento se ha cumplido medio siglo. El autor del

«Romancero gitano» estuvo en Jaca a finales de agosto de 1933. «El viernes 25 —escribe Lacasa— había llegado a la Residencia el gran poeta andaluz Federico García Lorca en la cumbre de su popularidad, al frente de la agrupación de estudiantes madrileños llamada La Barraca, que patrocinada por el Gobierno daba representaciones de teatro clásico por los pueblos españoles, en peregrinación artística y cultural. Federico obsequió a los residentes extranjeros con un recital de sus propios versos en la Residencia. Se organizó para el Teatro Unión Jaquesa una representación de «Fuenteovejuna», mediante invitaciones, por lo limitado del local. A la hora de lo anunciado, varios cientos de personas, sin entrada, pretendían penetrar en el Teatro. Hubo unos momentos de agitación y confusión, y la autoridad local hubo de suspender el acto». Pocos meses después, García Lorca marchó a Buenos Aires, en donde fue acogido con gran entusiasmo.

El Cuadro Escénico Jacetano «Coturno»

En 1949 y en la imprenta de Francisco Raro, que tiraba el semanario jaqués «Ayer y Hoy», dirigido por el médico Francisco Dumas Laclastra, conocí a José María de Quinto Artola, madrileño de preclara ascendencia aragonesa. Le ayudábamos a Dumas con frecuentes colaboraciones. Por cuestiones económicas, que no por calidad periodística, el semanario tuvo vida efímera, pues sólo llegó a imprimirse nueve meses. Como se ve, los problemas crematísticos de la prensa no son de nuestros días, en especial si la tirada es reducida.

De Quinto y el articulista estábamos en Jaca cumpliendo, en distintas unidades, el servicio militar. Nuestra común afición teatral hizo que decidiéramos crear el Cuadro Escénico Jacetano «Coturno» (título un tanto ostentoso), que recogió lo más granado de la afición jaquesa, junto a novatos estudiantes de grado medio en el desaparecido Centro Politécnico de Estudios, a los que se sumaron algunos soldados de la Escuela Militar de Montaña. Pretendíamos romper las habituales representaciones que hacían los aficionados al arte de Talía. Nuestra juventud iconoclasta no estaba conforme con las obras de los hermanos Álvarez Quintero, Arniches o Muñoz Seca; del último se han cumplido también, como en el caso de Lorca, en 1986 cincuenta años de su irracional inmolación. Con el paso del tiempo, uno cree que no éramos muy justos: hay que reconocer a esos comediógrafos su indudable inventiva, su vis cómica y su evidente gracejo.

De Quinto tenía experiencia teatral madrileña, común con la de sus amigos José Gordón y Alfonso Sastre. La mía venía de mis recientes años escolares en Salamanca, cuando con mis compañeros en las aulas del palacio de Anaya intervine en alguna de las representaciones, en el Teatro Bretón, bajo la dirección de don César Real de la Riva, nuestro catedrático de Literatura y creador del Teatro de Arte Salmantino «Juan del Encina», grupo que formó con sus alumnos y aficionados de la ciudad del Tormes. Entre mis amigos «bartolómicos» (estudian-

tes en Anaya) figuraban nombres que con el tiempo adquirirían notoriedad en la cátedra o en el mundo de las letras, como los de los aragoneses Manuel Alvar y Conchita Giner Soria, los salmantinos Carmiña Martín Gaité y Federico Latorre, los zamoranos Luis Cortés Vázquez y Agustín García Calvo, y el alavés Ignacio Aldecoa.

«Nuestra ciudad», de Thornton Wilder

Decidimos con Félix Muñoz Otín, secretario de «Coturno», que la inauguración —no nos anduvimos por las ramas— fuera con «Nuestra ciudad», del norteamericano Thornton Wilder, premio Pulitzer, autor que la había titulado «una ciudad pequeña». Cuando en 1945, siendo estudiante salmantino, leí esta sugestiva comedia sentimental en la traducción que apareció en el semanario literario «Fantasía», pensé que parecía haber sido escrita para la entonces vida tranquila de mi ciudad nativa de Jaca y me entró el prurito de ponerla allí en escena.

La obra había sido estrenada en España (creo que en 1945) por la compañía titular del Teatro María Guerrero de Madrid, en la que figuraban Guillermo Marín, Ricardo Calvo, José Luis Ozores, Elvira Noriega, Carmen Seco y un largo etcétera, bajo la dirección de Luis Escobar y Huberto Pérez de la Ossa. El director norteamericano Sam Wood la había llevado al cine, en 1940, para la productora Paramount, con William Holden como protagonista, película que tardó en llegar a España. Wood es el mismo director, según me dice el profesor Agustín Sánchez Vidal, de «Por quién doblan las campanas», de algunos de los filmes de los hermanos Marx y de parte de «Lo que el viento se llevó». Me parece que Televisión Española presentó una versión en sus espacios teatrales.

Sorteando numerosas dificultades escénicas, el día 1.º de junio de 1949 y en dos sesiones agotadoras hicimos la presentación de «Coturno». Ante el triunfo alcanzado, Cesáreo Alierta Perala, entonces presidente del Casino Unión Jaquesa, entidad propietaria del teatro (hoy desaparecido), me invitó a vincular «Coturno» a ese centro recreativo, de tanta solera en la vida jacetana. Decliné su amable y desinteresada propuesta, a pesar del ahorro que hubiera supuesto tal conexión al liberarnos de los gastos de alquiler del coliseo, de tramoya, decorados, vestuario, derechos de representación y propaganda. Pero uno, equivocado o no, siempre ha preferido ir en la vida por libre. Cuando Alierta trasladó su residencia familiar a Zaragoza, llegaría a ocupar la presidencia del Real Club zaragocista de fútbol y la alcaldía de la Ciudad. Como alcalde pronunció en 1969 la lección inaugural de los Cursos de Verano. Una espaciosa vía pública zaragozana que lleva su nombre recuerda la importante labor del primer gestor municipal, de un hombre emprendedor y abierto, que falleció prematuramente.

«Doña Rosita la Soltera», de García Lorca

El halagüeño éxito que «Coturno» alcanzó con «Nuestra Ciudad» nos animó, antes de que se enfriara nuestro exultante gozo, a llevar a las tablas otra obra, que debía ser de autor español moderno para que los estudiantes extranjeros de los Cursos de Verano, en cuyo honor se haría la representación, conocieran algo del teatro contemporáneo. Nos inclinamos por «Doña Rosita la Soltera o el lenguaje de las flores», de García Lorca, obra que tenía bastantes menos personajes que los treinta y tantos de «Nuestra ciudad». Era entonces difícil conseguir textos lorquianos, pero el librero zaragozano José Alcrudo, que tenía en el paseo de la Independencia (sin remodelar), frente a Correos y Telégrafos, el quiosco Pórtico de prensa y libros, pudo facilitarnos varios ejemplares de la obra, editada por Losada en Buenos Aires.

Los ensayos se hicieron, igual que los de «Nuestra ciudad», en una amplia dependencia o salón del palacio episcopal, que gracias al canónigo don Félix Royo Marín (de tan grata memoria para sus numerosos amigos) nos proporcionó el prelado don José María Bueno y Monreal, futuro arzobispo y cardenal de Sevilla, demostrando con este generoso rasgo su sensible espíritu, abierto a la cultura.

Grave contratiempo salvado por don Miguel

No hubo ningún impedimento de censura para la obra, ni veto para su autor por parte de la Vicesecretaría de Educación Popular, organismo que otorgaba la preceptiva autorización. La prohibición llegó —¡con todo el aforo vendido!— de donde menos podía pensarse: del representante en Jaca de la Sociedad General de Autores, don Fausto Abad Escobar, periodista de fina pluma y corresponsal del «Heraldo de Aragón» durante sesenta y seis años, que fallecería en 1982 a punto de ser centenario. Pese a nuestra amistad (que ya venía desde que cursé con su malogrado hijo Augusto los primeros años de bachillerato) y de todos mis razonamientos, no pude lograr nada: don Fausto cumplía nada más que los deseos interdictivos —muy respetables— que habían impuesto los deudos de Lorca, residentes en Estados Unidos, sobre las obras de Federico para que no fueran representadas en España.

¿Sería posible que la suerte adversa que, en 1933, había tenido el propio García Lorca para actuar en el Teatro Unión Jaquesa iba a repetirse en el mismo coliseo, en 1949? Había que superar este «mal fario». Y aquí es donde intervino eficazmente Sancho Izquierdo. Lo visité en su piso de Jaca y, sin pensarlo ni un momento, creyó con acierto que la única persona que podía salvar el escollo era Ernesto Gil Sastre, gobernador civil de Huesca. Se puso ante su máquina portátil y escribió en el acto una carta de presentación. Mi visita oscense al Gobierno Civil fue fructífera: gracias a don Miguel, ningún obstáculo existía ya para la actuación de «Coturno».

Representación de «Doña Rosita»

Hicimos el ensayo general en el Teatro Unión Jaquesa, con el favor de su gerente don Antonio de P. Tramullas, gran señor y pionero del cine documental en España. Invité para que lo presenciaran a mis amigos Lázaro Carreter, Torralba y Alda, compañeros los tres en los Cursos de Verano; sus atinadas observaciones para mejorar determinados matices en algunas escenas nos fueron de inapreciable concurso. Todos ayudaban, menos la Sociedad General de Autores, celosa y guardiana de sus asociados y herederos. Algunas familias, como las de Pérez Diz o Pueyo Beritens, nos prestaron vestuario y objetos decimonónicos, completados con los que proporcionaron las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, a cuyo beneficio iba a ser la función. Alquilamos pelucas, barbas y bigotes en el taller zaragozano de Salvador Borrel, sito en la calle Contamina. La propaganda —programas de mano y carteles— se imprimió en papel rosáceo, en consonancia con el título de la obra.

Y al fin, a las once horas de la noche del 3 de agosto de 1949, «Coturno» presentó «Doña Rosita» en el Teatro Unión Jaquesa «en honor del Profesorado y Estudiantes extranjeros de los Cursos de Verano de la Universidad de Zaragoza en Jaca». El maleficio jacetano que desde 1933 parecía pesar sobre Lorca quedaba roto.

Varios actores revalidaron con su interpretación el éxito alcanzado con «Nuestra ciudad»: José María de Quinto (tan buen intérprete como director), Mari Carmen Vela, Angelines Abad, Paulina Bayona, José García Almagro, Isabel Lacasa, Lorenzo Echeto, Matilde Calvo Diz, Gregorio Cruz y otros escolares que, por primera vez, pisaban un escenario, entre ellos tres estudiantes de los Cursos de Verano: las madrileñas Lolín y Pilar Martínez Valdés, y el granadino Joaquín Borraro Peñalver. Continuaban con los efectos especiales el médico José María Mengual Mur y el relojero-joyero Jesús Muñoz Otín; con el puesto de apuntador, Luis Gil Bernadet, empleado de banca. Como entonces no existían magnetófonos y casetes, de las ilustraciones musicales «en vivo» se encargó mi hermana María Josefa. El vestuario se ajustó a los figurines dibujados por la experta mano del soldado José Peña Herrero.

El buen resultado económico estuvo en armonía con el artístico. Estos fueron los precios de las localidades: butaca de patio y silla de palco, 9 pesetas; anfiteatro, 5,50 y entrada general, 3,50. La recaudación ascendió a 3.373 pesetas, que quedó reducida a cerca de dos mil, pues hubo que descontar el alquiler del teatro y gastos de tramoyista, propaganda, derechos de la Sociedad de Autores, mendicidad y pagos menores. Para redondear, los «coturnistas» hicimos entre nosotros una colecta y pudimos entregar dos mil pesetas a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados; todavía sobraron cinco duros, que pasa-

ron a las benéficas Conferencias de San Vicente de Paúl, cantidades que parecerán hoy ridículas. Todo es, sin embargo, relativo: por la imparable devaluación de nuestra moneda y la incesante carestía de la vida, las dos mil pesetas con que «Coturno» ayudó a la labor humanitaria de las Hermanitas podrían ser hoy unas ochenta y cuatro mil.

Si he mencionado tantos pormenores es para que quede constancia de que en una ciudad de Aragón se puso en escena, en 1949, «Doña Rosita la Soltera» sin ninguna interdicción de organismos oficiales, salvo la de la Sociedad de Autores. Por eso me extrañó no hace mucho que se dijera que, por motivos de censura gubernamental, no había podido representarse «Doña Rosita» hasta que la llevó a muchos escenarios españoles la compañía de Nuria Espert, quien la interpretó también en televisión. Por cierto que en mi opinión la actuación de esta actriz, de indudable talento artístico, adolecía de voz estentórea y exageración en el gesto.

No fue «Doña Rosita» la única obra de Lorca que se montó por aquellas calendas: en Barcelona, Ana Mariscal puso en única sesión «Bodas de sangre»; en Madrid, Ana María Noé «Yerma», y el Teatro de Ensayo «La Carátula», dirigido por José María de Quinto y José Gordón, «La casa de Bernarda Alba» (marzo de 1950). Parece que en estos casos (grupos experimentales con verdadero espíritu de arte, sin fines lucrativos y en sesión única) la Sociedad General de Autores no ponía demasiados impedimentos y daba una consentida tolerancia.

Extinción de «Coturno»

El verano de 1949 nos trajo a José María de Quinto y al articulista el permiso indefinido o licencia en el servicio militar. De Quinto continuó en Madrid con su decidida y bien probada vocación teatral: funda y dirige con Alfonso Sastre el Teatro de Agitación Social (1950) y el Grupo de Teatro Realista (1961). Monta obras de Lorca, Sastre, Pirandello, Moloudji, Cocteau, Pouget, Lenormand, Osborne, Strindberg y otros autores poco conocidos en la escena española; colabora o hace crítica teatral en «Correo Literario», «Cuadernos Hispanoamericanos», «Índice», «Ateneo», «Papeles de Son Armadans», «Primer Acto», «Insula», «Cuadernos para el Diálogo»...; publica libros y viaja por varios países europeos y americanos, pronunciando conferencias. En cuanto a mí, con mi marcha de Jaca en 1949, se acabaron los «gloriosos y quijotescos» escauceos escénicos y comenzó la diáspora docente universitaria, que acabó exactamente veinte años después. El retorno a mis añorados lares aragoneses sólo fue posible cuando Angel Canellas, decano de la Facultad de Letras, logró la creación de la sección de Filología Románica (hoy Hispánica) en la Universidad de Zaragoza.

Con nuestra partida no llegó a morir «Coturno». El mismo entusiasmo de los fundadores llevó a Samuel Beгуé (actualmente, inspec-

tor de Bachillerato en Valencia) a resucitarlo en 1955, montando «Antígona», de Jean Anouilh. Más tarde, hace otro tanto Angela Abós Ballarín, hoy delegada provincial en Huesca del Ministerio de Educación y Ciencia.

Pero no ha vuelto a renacer. El articulista ignora si la falta de afición teatral entre los jóvenes jacetanos se deberá a las horas que dedican a ver la televisión, a las visitas discotecueras o a los continuos paseos por la senda de los Elefantes, que más que senda es laberinto, integrado por abundantes bares y similares, unos 125. No hay que perder las esperanzas y alguien habrá que, con la generosidad connatural de la juventud, llegue a resucitar «Coturno», reverdeciendo los antiguos laureles. No faltarán ayudas, como nosotros las tuvimos en momentos muy críticos y decisivos en el rector Sancho Izquierdo.

I I I

Don Miguel, amigo de chesos y ansotanos

Sabido es que Echo («Hecho», en ortografía oficial) es uno de los pocos lugares privilegiados que, contra viento y marea, sigue en nuestros Pirineos conservando milagrosamente viva su habla vernácula, aunque salpicada de abundantes castellanismos. Allí nació Veremundo Méndez Coarasa, quien hasta su fallecimiento en 1969 versificó en fable chesa la vida cotidiana de su pueblo, revitalizando la humana sinceridad de los temas populares. El filólogo y académico Manuel Alvar decía en 1953 que «Veremundo Méndez es el más noble de los poetas dialectales de nuestros días», y se refería no sólo a los de Aragón, sino a todos los vates de España que cultivaban cualquier habla vernácula.

El cheso Domingo Miral, desde que fundara los Cursos de Extranjeros en Jaca, implantó la simpática costumbre, que sigue todavía, de ir el 15 de agosto a Echo, Siresa y selva de Oza, excursión en la que profesores y estudiantes saborean una succulenta comida pastoril, preparada por los chesos a la vista de todos los visitantes: migas, cordero a la pastora, ternasco asado, queso y fruta, rociando el yantar («chinta» en cheso) con buen vino de Cariñena. No faltan jotas y canciones populares, algunas con fonética extraña a nuestra lengua. Otro tanto se hace el día de Santiago en Ansó y Zuriza. Como alguna vez ha habido malentendidos taimados, hay que aclarar que cada excursionista —profesor o estudiante— ha abonado previa y puntualmente los gastos de su desplazamiento y comida.

Otro testimonio de la buena armonía entre la Universidad y las villas de Echo y Ansó ocurre todos los años cuando, en el día de Santo Domingo, bajan a Jaca representantes, que se unen a los de la Ciudad y de la propia Universidad para ofrecer su homenaje a Miral, rito de gratitud hacia el fundador de los Cursos. Es el Día del Recuerdo,

creado en 1942 a propuesta del médico y periodista jacetano Francisco Dumas. Durante muchos años, allí se oyó la voz parsimoniosa de don Miguel, junto a la del pastor ansotano Jorge Puyó; Veremundo Méndez declamaba sus versos en fabla. Hace tres veranos que don Miguel falta a la cita; Puyó —recia y noble figura, siempre con su traje tradicional— sigue concurriendo y, como la vista le va fallando, las cuartillas que ha escrito se las lee alguno de sus nietos; María Luz Méndez Betés, hija del trovador cheso, recita antiguos versos del padre. Todos los participantes rememoran laudatoriamente la obra miraliana.

Don Miguel en fabla chesa

Sancho Izquierdo y Méndez Coarasa fueron buenos amigos. Cuando este falleció, el rector publicó el 5 de enero de 1969, en el diario zaragozano «El Noticiero», una semblanza necrológica, en la que decía que Veremundo había sido «el poeta de los encantos y aconteceres de aquel bello rincón del Pirineo; el fiel guardador, entusiasta divulgador y tenaz defensor de sus bellezas, de su lengua, de su historia, de sus tradiciones, de sus caracteres».

No hubo visitante ilustre que llegara a Echo que no recibiera la bienvenida en fabla chesa, escrita por Veremundo. Con motivo de habersele concedido a Sancho Izquierdo la Gran Cruz de Alfonso el Sabio, aprovechó la excursión del 15 de agosto de 1951 para leerle en Oza, en los postres de la «chinta», la composición «Enhoragüena». Los primeros versos aluden a la visita que, a finales de 1949, algunas autoridades académicas y un reducido número de profesores habían realizado a Echo, invitados para que conocieran la matacía del cerdo («matacochín»), tan importante en cualquier economía rural, y más en aquellos años tan difíciles y sobrios por necesidad:

«Magnifico güen Reutor,
pozo de prebada Cencia...»
dieiba yo, fa dos años,
cuando la campana chela,
la nuey de la «Inocentada»,
debaxo la chaminera,
rodiando lo fogaril,
de matacochín, la cena,

feita para agüespedarvos
por los que aimamos la Cencia.
... ..
vier claras las ideas
que allí, como en muitos puestos,
sembradas a zarpas plenas,
espalatiniando a ormino
de las mil cosas que amuestras.

Va señalando las aficiones de don Miguel:

De coplas que replegabas,
cuando estudiante agün yerás;
de los Drecho Aragonés,
que antis y hoy ye la preba,
que estemos de los primés
en fer pautos que no reblañ.
De polius versos y coplas
de la nuestra y de otras tierras.

De la justicia social,
de cómo y qué cosa yera.
De lo que valen las cosas
por lo que se paga y cuestan.
De lo que la Historia canta,
tocante a Drecho en la tierra
y que lo drecho pal cielo
se gana en obras güenas...

Tras lamentarse porque no lo habían galardonado antes, resalta la valía de Sancho Izquierdo y hace unas consideraciones sobre los chesos emigrantes:

Allora yo prexinaba:
¿Y qué fan que no te premian
con tanto como tú vales,
amostrando tanta Cencia?
Fer de Reutor hoy ye muito;
de fe en lo valer, ye preba.
Valer y haber, antiparti,
muito bi-n-há en esta tierra,
tanto que a cientos devantan
lo vuelo y enta otras plegan,
que a no pocos lis parece
bien abaxar la cabeza,

ni chilar muito ni branca
pon lis aime u apetezca,
sabiendo que son de pasa
en esta bendita tierra,
u anque valer muito valgan,
no'n sigan porque no quieran;
agora que los que sigan
nombraus y al pelo lis vienga
por muito y duro triballo,
no hayaz cuidiau, que no reblan
y no sólo'n dan las altas
que tamién las baxas tierras.

Lo parangona con los tres rectores que ha dado Echo a la Universidad cesaraugustana:

Pa Reutós, en Zaragoza,
tres ne dié la tierra chesa:
Pérez, López y Miral.
Hoy fas tú lo que ellos feban,
y si aquellos no rebleron,

sabemos que tú no reblas,
ni en los Cursos de Verano,
que en Jaca Miral meteba,
ni en lo ivierno, chunto a l'Ebro,
que a los Aragóns replega.

Termina felicitándolo por la condecoración otorgada:

Gran Cruz d'Alfonso lo Sabio
izque con ixa te premian,
lo que a mí me imple de goyo,
que lo prexiné'n la «cueva»,
en la chinta que remero.
Lo Poder agora amuestra,
si bella vez s'entivocan,
en ésta no, porque aciertan,
que la has muy bien ganada,
que'n lo tuyo peito preba
a l'mundo que qui triballa

en esta tierra li'n premian.
Y yo con pobre romance
en chesa fabla, en la selva
de Oza, un abrazo te brindo
y te do la enhoragüena,
Reutor Magnifico y sabio,
por ixa gran recompensa
de l'autor de las Cantigas,
cual tú en Drecho y poeta.
Disfrútala muitos años,
los chesos lo te desean.

Final congratulatorio

Desde la «chinta» de Oza han transcurrido treinta y seis años. Don Miguel muy pronto cumplirá noventa y seis. Y el articulista sólo le desea que, en su lozana y envidiable longevidad, siga orientando con su rica experiencia y labor espléndida a los numerosos amigos y discípulos.

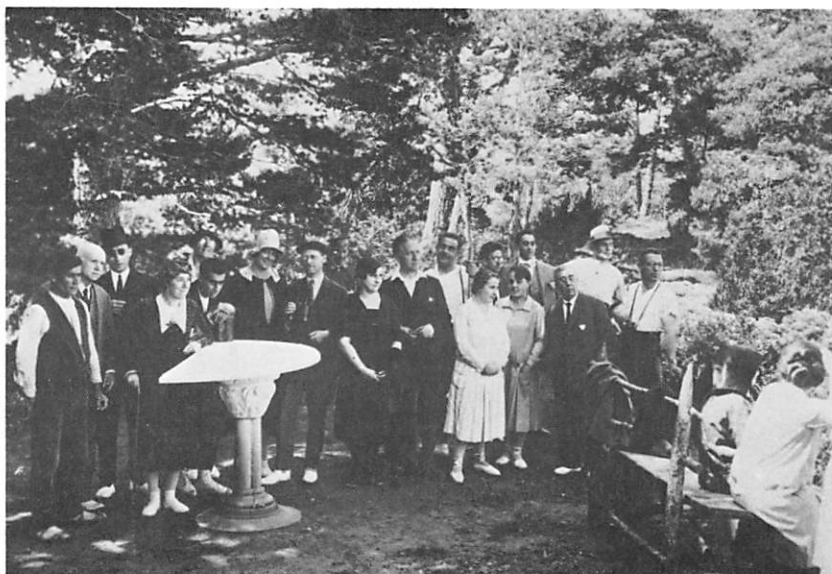
Con gran solemnidad, el 3 de marzo de 1983, se inauguraron en el paraninfo los actos conmemorativos del cuarto centenario de la fun-

dación de la Universidad de Zaragoza. En calidad de rector honorario allí estaba Sancho Izquierdo. Todos sus amigos nos alegramos al verlo porque simbolizaba, en cierto modo, el pasado reciente. Alguien, asombrado ante su portentosa vitalidad, me dijo: «De todos los presentes, el único que se hallará en los actos del quinto centenario será don Miguel». Será imposible porque entonces todos seremos polvo de las eras, aunque el futuro historiador de la Universidad no podrá olvidar la intensa y provechosa actividad que desarrolló desde su cátedra y durante los trece años de su rectorado.

Más historietas y anécdotas se quedan en el baúl de mis recuerdos, como la que protagonizó uno de mis hijos el viernes santo de 1971 en las calles de Calanda con el tambor de don Miguel, a cuyo parche dio glorioso y retumbante feneamiento, escena que hubiera hecho las delicias de Luis Buñuel, el calandino universal. Pero, como dice Michael Ende, ésta es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.



Cimientos de la Residencia de Jaca. Sancho Izquierdo (sexto de la primera fila) con Angel Monreal, Jesús Pabón, Luis Boya, Andrés Sauveplane, José Camón Aznar, Domingo Miral y Carlos Riba, entre otros (1927).



Universitarios en el Mirador de San Juan de la Peña. Sancho Izquierdo contempla, ligeramente inclinado, la mesa de orientación (1927).



Apertura de los Cursos de Verano por José María de Cossío. En la presidencia, Vicente Gómez Aranda, director; Juan Lacasa Lacasa, alcalde; José M.^a Bueno Monreal, obispo; Sancho Izquierdo, rector; general Oliver y Juan Antonio Cremades (1946).

Reminiscencias de Sancho Izquierdo



Veremundo Méndez Coarasa, leyendo su fábula chesa en el Día del Recuerdo de 1955. Detrás, Sancho Izquierdo, Rafael Gastón Burillo, P. Dositeo de Orio, Santiago Ortego (bedel), José M.^a Lacarra (director), una estudiante, Juan Lacasa (alcalde), Angel Monreal, Remigio Andreu (administrador), Eugenio Frutos, Juan Cabrera Felipe (rector), Antonio Muñoz Casayús (secretario) y mosén Miguel Aragués, canónigo (1955).



Grupo de profesores y estudiantes con el rector Sancho Izquierdo. Además de su esposa D.^a Pilar Rebullida (tercera de la tercera fila) y del director Gómez Aranda, figuran algunos profesores, como José Luis Lacruz Bermejo, Carlos Corona Baratech, Angel Monreal, Julio Calvo Alfaro, Eduardo Lon Romeo, Jesús Manuel Alda Tesán, Fernando Lázaro Carreter, Manuel García Blanco y Antonio Mingarro (1948).



Estudiantes británicos con el profesor T. Buesa, ante el quiosco Cuatro Vientos (1948).



Ensayo general de «Doña Rosita la Soltera». *Primera fila:* José García Almagro, Paulina Bayona, Esther Gastón, Gracia M.^a Ríos, Matilde Calvo, Gregorio Cruz. *Segunda fila:* Francisco Orós, Angelines Abad, Mari Carmen Vela, M.^a Josefa Buesa, Lolín y Pilar Martínez Valdés, Fina Sánchez Queirolo, Teresita Ara. *Tercera fila:* Lorenzo Echeto, Francisco Puértolas, Jesús Manuel Alda, Fernando Lázaro Carreter, Federico Torralba, Isabel Lacasa, José M.^a de Quinto, Tomás Buesa, Juan B. Sola, José M.^a Mengual y Blanca Lanzas (1949).

Reminiscencias de Sancho Izquierdo

TEATRO UNION JAQUESA

CUADRO ESCENICO JACETANO

COTURNO

SEGUNDA ACTUACION

MIERCOLES DIA 3 DE AGOSTO DE 1949

ONCE HORAS DE LA NOCHE

Representación, en honor del Profesorado y Estudiantes extranjeros de los Cursos de Verano de la Universidad de Zaragoza en Jaca, del Poema granadino del Novecientos

"Doña Rosita la Soltera

a

El Lenguaje de las Flores"



Portada del programa de mano.

Tomás Buesa Oliver

CUADRO ESCENICO JACETANO COTURNO

Dirección: Tomás Buesa Oliver y José M.^o de Quinto. Secretario: Félix Muñoz Otín.

PRESENTA

“Doña Rosita la Soltera

0

El Lenguaje de las Flores”

Poema granadino del Novecientos, dividido en varios jardines, con escenas de canto y baile, de FEDERICO GARCIA LORCA.

REPARTO

(POR ORDEN DE APARICION EN ESCENA)

<i>El tío</i>	José M. ^o de Quinto Artola
<i>El ama</i>	Paulina Bayona Belzuz
<i>La tía</i>	Angelines Abad Sanz
<i>Doña Rosita</i>	Mari-Carmen Vela Catalineto
<i>Una voz</i>	Joaquín Borrajo Peñalver
<i>El sobrino</i>	José García Almagro
<i>Manola 1.^o</i>	Esther Gastón Coarasa
<i>Manola 2.^o</i>	Gracia M. ^o Ríos Iglácel
<i>Manola 3.^o</i>	Teresita Ara Ticó
<i>El Catedrático de Economía</i> ..	Lorenzo Echeto Alayeto
<i>Madre de las solteras</i>	Isabel Lacasa Oliver
<i>Soltera 1.^o</i>	Lolín Martínez Valdés
<i>Soltera 2.^o</i>	Pilar Martínez Valdés
<i>Soltera 3.^o</i>	Matilde Calvo Diz
<i>Ayola 1.^o</i>	Blanquita Lanzas Parga
<i>Ayola 2.^o</i>	Fina Sánchez Queirolo
<i>Don Martín</i>	Juan B. Sola Sellés
<i>Obrero 1.^o</i>	Francisco Orós Ubieto
<i>Obrero 2.^o</i>	Pascual Albés Mínguez
<i>El muchacho</i>	Gregorio Cruz Lacasta
<i>Apuntador</i>	Luis Gil Bernadet
<i>Traspunte</i>	Francisco Puértolas Franco
<i>Ilustraciones musicales al piano</i> ..	M. ^o Josefa Buesa Oliver
<i>Efectos especiales</i>	José M. ^o Mengual Mur
<i>Vestuario sobre figurines de</i>	José Peña Herrero

Agradecemos a todas cuantas personas han colaborado desinteresadamente, facilitándonos el montaje de esta obra.

Página interior del programa de mano (1949).

El «Cuadro Escénico Jacetano COTURNO», continuando su labor de arte auténtico renovadora de la escena jaquesa, se honra en presentar este «Poema granadino del Novecientos», joya de nuestro teatro contemporáneo, para mostrar al espectador extranjero una de las obras del autor más representativo de la moderna dramaturgia española, en la seguridad de que el público jacetano—que supo acoger con inteligencia la difícil comedia «Nuestra Ciudad»—sabr  captar igualmente sus delicadas excelencias y sutiles matices.

«DOÑA ROSITA LA SOLTERA», fué estrenada en Barcelona por Margarita Xirgu, el 13 de diciembre de 1935. El éxito fué enorme y la crítica vi  en ella una modalidad del arte ya multiforme de Lorca. Doña Rosita, personaje femenino como todas las creaciones humanas de este poeta, no es una heroína, sino un símbolo de la mujer en la vida provinciana de fin de siglo.

El drama de amor resignado de Doña Rosita, la espera sin ilusión alguna por el novio que no volver , acongoja al espectador, no por la pasión ni el sufrimiento de la protagonista, sino por la presencia incorpórea del tiempo mismo flotando sobre la escena y la vida de todos los personajes. Lorca es maestro en crear una atmósfera lírica y en esta obra lo logra plenamente. La evocación de aquellos años tranquilos de 1890 a 1910, en los que la vida española transcurría en una inmovilidad absoluta, como si se hubieran perdido todos los resortes vitales, resulta perfecta desde el cuadro realista hasta el «pathos» de lo cursi, enternecedor en su ironía.

Todo el temple sentimental de la obra, toda su calidad lírica, vienen así a encontrar su máxima expresión en ese lenguaje de las flores, símbolo de una existencia sin deseos ni ambiciones y símbolo, al mismo tiempo, del lento marchitarse de Doña Rosita.

